



25
CTS



MARCELINE DAY



STAHL John. 11

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. METRO-GOLDWYN-MAYER 25
3 :: y FIRST NATIONAL :: Cents.

Ediciones BISTAGNE. - Via Layetana, 12. - Barcelona

The Day Deceiver, 1926

"CONSUMATUM EST"

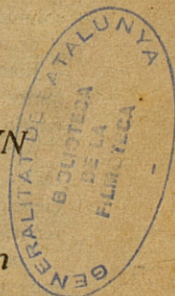
Deliciosa comedia interpretada por MARCELINE DAY
LEW CODY, DOROTHY PHILLIPS,
ROY D'ARCY, CARMEL MYERS,
MALCOM MAC GREGOR

Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA





"CONSUMATUM EST"

Argumento de la película



Innumerables carteles anunciaban el debut del famoso tenor Juan Mercier. Aparecía por doquiera su imagen arrogante, llena de simpatía. Y ante la puerta del Teatro de la Opera, de París, las mujeres comentaban las cualidades del artista.

—Dicen que es tan fascinador como Romeo y tan voluble como el burlador de Sevilla. Y más de una y de dos suspiraban por hablar con él.

Juan Mercier era el prototipo de los hombres galantes, y a pesar de sus cuarenta años, se sentía émulo de Don Juan.

Aquella noche se representaba Oteló. Y en el teatro, un público distinguido aguardaba con impaciencia el instante de escuchar la voz de oro del tenor.

Los Condes de Desano, un elegante matrimonio, muy mal avenido, ocuparon un palco de platea. Habían discutido acaloradamente desde que salieron de casa.

—Tienes que dominar estos arranques de celos, que no tolero más—le decía ella.

—Y yo no tolero que me hagas hacer el tonto—respondió, enfurecido, el marido—. Si Juan Mercier te mira esta noche... ¡le mato!

Ella sonrió. ¡Antipático! Conde! Lo comparó, mentalmente, con el artista, del que estaba enamorada.

—¡Eres de lo más impertinente!... Voy a saludar a unas amigas...

Y salió, mientras sus ojos la envolvían en una mirada de odio.

En su camerino, Juan Mercier daba los últimos retoques a su caracterización.

Roberto Gray, un amigo íntimo, le acompañaba.

—Amigo mío—dijo el cantante—, voy a trabajar esta noche como nunca, pues la encantadora Condesa de Desano asiste a la representación.

—Ten cuidado, Juan—advirtió Roberto, un joven dramaturgo, equilibrado y digno—; el hombre que enamora a la mujer de otro, se expone a no morir en su cama.

—Aún no he encontrado el primer marido que dispare... y dé en el blanco.

Llamaron a la puerta, y la Condesa de Desano apareció en el umbral. El tenor se levantó, acudiendo a besar la mano de su enamorada.

También Roberto saludó a la Condesa, y comprendiendo la inoportunidad de su presencia, salió de allí.

—Juan—dijo la mujer—, no vayas a mirar hacia nuestro palco. Mi marido ha proferido amenazas, enérgicas amenazas de que te mataría.

—¡En tus brazos, hasta la muerte tiene que ser dulce!...

Y la acarició, con la pasión ardiente de un verdadero conquistador.

—Tengo miedo, esta noche...—musitó ella.

—Estoy seguro de que nada ha de ocurrirme. Eres mi eterno milagro...

Avisaron que iba a empezar la función, y Juan se dispuso a ir a escena, mientras la Condesa regresaba al palco, donde su marido se impacientaba por momentos.

Roberto iba a salir del teatro por la puerta de los artistas, cuando escuchó una conversación que tenían una hermosa muchacha y el portero.

—No puede usted verle—rugía el empleado—. El señor Mercier no la recibirá...

—Pero si he hecho un viaje de sesenta leguas, sólo por ver a Juan Mercier—protestaba la joven.

—¿Y yo, qué tengo que ver con esto?... ¡Ea, nada tiene usted que hacer aquí...!

La pobre muchacha, una criatura de aristocrática belleza, se dirigió a la salida. Llevaba en el rostro la huella dolorosa del desengaño.

Repentinamente interesado por la hermosa, Roberto le dijo:

—El señor Mercier no está ahora visible, pero la recibirá, probablemente, después de la función...

—Gracias... esperaré... Tengo que hablar de un asunto muy importante con él.

Salió, y Roberto la siguió algunos instantes, admirando la figura gentil y arrogante de la joven...

En el teatro, se había alzado el telón y Juan Mercier cantaba una romanza. Ponía en su canto toda la ternura y el fuego del amor y más que a la artista que estaba con él en escena, parecía dedicar su pasión a la Condesa de Desano.

Su mirada, sus ademanes, todo iba dirigido a ella. Los apóstrofes líricos del amor, hacían inclinar la

cabeza a la Condesa, seducida por la magia excitante del arte.

El Conde murmuró algo entre dientes, contempló la figura delicada del tenor, de este artista que sabía él cortejaba a la Condesa, y enfurecido de celos, viendo la actitud manifiestamente provocadora de él, empuñó un revólver y disparó un tiro contra Juan Mercier.

Juan cesó de cantar y pasó por el teatro una sacudida de conmoción.

De pie, en su palco, empuñando aún el arma, el Conde de Desano tenía un violento gesto de vengador de su honra.

El palco se vió invadido de gente que rodeó al Conde, para entregarlo a la justicia. Y entretanto, su esposa, pálida de ira, se había deslizado hacia el escenario, donde Juan, ileso por fortuna, no acertaba a comprender—según explicaba con un gesto alegre—las causas de la agresión.

La Condesa se le acercó rápidamente, y le dijo con suplicante mirada, prometedora de todas las delicias:

—Esta noche... en el Monasterio... encanto mío... Y no me hagas esperar...

—Iré...

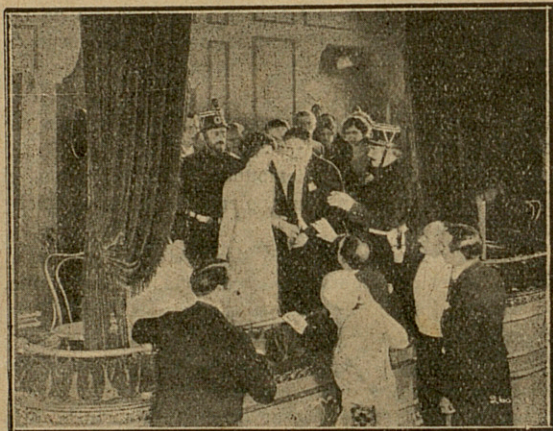
La Condesa volvió al lado de su marido, a quien en un saloncito contiguo, tomaban declaración.

Y como el Conde era hombre de influencia máxima, fué puesto en libertad, sin otra garantía que depositar una fianza a las resultantes del proceso que tendría que abrirse.

Los Condes regresaron a su casa... Y en el teatro continuó la representación interrumpida sólo unos minutos, y al presentarse de nuevo, Juan Mercier,

el ídolo, fué aclamado con un desagravio solemne.

Los Desano llegaron a su hogar. Callaban, cada uno sumido en hondos pensamientos.



El palco se vió invadido de gente...

Rompiendo el silencio, ella, mirándole duramente, le dijo:

—El marido que pretende razonar a tiro limpio, es un solemne necio. Pero el que emplea ese recurso sin dar en el blanco, hace el ridículo...

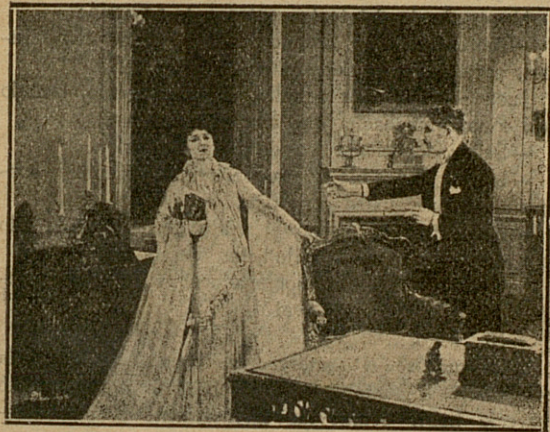
—He fallado una vez... pero no ocurrirá así lo mismo la segunda...

—Has dado un espectáculo vergonzoso, que no te perdono... ¡Buenas noches!

Y sin que él tuviera energía para detenerla, la vió

partir... La Condesa buscó un abrigo, se envolvió en él y se hizo conducir hacia la entrada del Monasterio, un lugar alejado de la población, muy propio para el amor.

Entretanto había terminado la función, y las ma-



—Has dado un espectáculo vergonzoso, que no te perdono...

nos enrojecían congestionadas por los aplausos. En la gradería, la muchacha que antes había preguntado por Mercier, se agitaba aclamando al artista.

Mercier, después de haber salido ininidad de veces a escena, corrió a su camerino, para despojarse de su traje y vestirse de etiqueta.

No le había impresionado en absoluto el atentado

del Conde. ¡Eran gajes del oficio!... Y ahora pensaba únicamente en lo hermosa que era la Condesa de Desano y en el encanto de la cita nocturna.

Poco después estuvo listo. Dió una última mirada al espejo...

Un empleado del teatro entró y le advirtió:

—La Condesa de Desano ha telefoneado cinco veces, para decir que espera en el Monasterio.

Juan sonrió... Iba a salir de su camerino, cuando vió a una muchacha que avanzaba hacia él.

—Señor Mercier... yo desearía hablarle...

—Me es imposible ahora, señorita—respondió, sonriente—; pase usted otro día...

—Pero... si he hecho el viaje desde Laval, sólo por verle a usted...—dijo ella, desconsolada.

—¿Laval?—repuso, emocionado el tenor... ¿De modo que usted es de Laval?

—Sí, señor...

Juan quitóse el sombrero de copa y obligó a la muchacha a sentarse. El nombre de aquel pueblo parecía haber conmovido intensamente el alma frívola del artista.

La joven le miraba, clavando en él sus ojos negros con extraña devoción.

—¡Laval! Hace diez y nueve años que estaba yo allá...—dijo, con alguna melancolía, el cantante.

—Sí, ya lo sé; yo nací unos meses después de haberse ido usted...

Un criado entró en el camerino y advirtió al tenor:

—Telefona el chófer de la condesa... Dice que la señora le espera, que está muy impaciente...

—Invente una excusa... cualquier cosa... No me

es posible verla esta noche—contestó Juan, rápidamente.

Parecía que la presencia de la jovencita le tenía subyugado en sus redes. ¿Qué extraña atracción ejercía sobre él?

—¿Quién es usted? ¡Laval evoca para mí nombres tan gratos! ¿Qué noticias me trae? ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Mi nombre es Luisa—respondió dulcemente la jovencita—. ¿Y no sabe usted quién soy yo?

El corazón del tenor palpitó con violencia... Pareció adivinar... creer...

—Usted es...

—¡Su hija! ¡Soy su hija!—dijo la muchacha, con emoción.

El la contempló extasiado, como ante una aparición...

—Hija mía... ¿pero es verdad?... ¡Mi hija!... Nunca supe...

Y aquel corazón frívolo se enternecía ante la jovencita que había pisado los umbrales del camerino, y que era su hija.

Entonces, en aquel instante, recordó todo su pasado. Casado con María, una elegante muchacha de Laval, Juan Mercier se había separado de ella, llevado de su carácter aventurero y bohemio de cantante.

Luego, en el transcurso de los años había tenido algunas veces noticias de su esposa y de su hija, contentándose con saber que vivían bien... Y ahora, de pronto, en aquella noche de emoción, una muchacha se presentaba ante él como su hija. Y Mercier, alma frívola hasta entonces, veía a su hija convertida en una mujer, y la estrechó en sus brazos.

—Pero, ¿es verdad... estás segura de que tú eres mi hija?

—¡Ya lo creo! Vea usted...

Le enseñó cartas de su madre y ya no tuvo duda alguna el tenor. Se encontraba ante la muchachita amada, a la que él, en sus constantes aventuras de galán, no había sentido ni la curiosidad de conocer.

—Cuéntame, chiquilla—le decía, abrazándola—. ¿qué es de tu vida? Y tu madre, ¿cómo está?

—Bien... muy bien... Mira su retrato...

Ella le mostró la fotografía de una dama ataviada sencillamente, que tenía en la expresión un gesto de severidad.

—Me gustaría verla... hablar con ella... Dime... tú debes saberlo todo, ¿no? Os he tenido muy abandonadas, es verdad; pero... quisiera enmendar mi error... ¿Y qué te trae por aquí? ¿Qué sucede en casa?

—Papá—dijo ella, sonriente—, yo no había hablado nunca contigo, pero sabía que eras mi padre... y hoy he venido a consultarte... Mamá quiere que me case con un muchacho que no es de mi gusto... me obliga a ello... y yo... no quiero casarme. ¿Comprendes, papá? A falta de otra ayuda, he venido a ti, para que me defiendas...

—¡Pobre chiquilla!—dijo él, abrazándola, complacido de la confianza que ella le había dado; y sintiendo por primera vez las preocupaciones de la paternidad—. Hoy vendrás a mi casa, y mañana trataremos lo que debe hacerse en este asunto... No te cases nunca contra tu voluntad...

Y arropándola cuidadosamente, subieron a un automóvil, hacia el domicilio del artista... Los que

le vieron con una mujer, sonrieron, creyendo en una aventura galante.

Mientras tanto, cansada de esperar, no comprendiendo los motivos de la ausencia, la Condesa de Desano regresaba, disgustada, del Monasterio...



En el Restorán Ritz la noche siguiente, el tenor Juan Mercier estaba con su hija Luisa.

En una mesita contigua, se encontraban los Condes de Desano y algunos amigos.

La Condesa contemplaba por uno de los espejos de la pared al tenor. ¡Farsante! Le había estado esperando, inútilmente, la última noche, y ahora le veía acompañado de una mujer. ¿Qué significaba aquel cambio?

El tenor, con disimulo, procuraba explicarle con una mimica especial, que se trataba de su hija... Pero la Condesa no entendía el razonamiento, y seguía, celosa, devorándole con sus ojos de llama.

El Conde sorprendió los gestos y sintió de nuevo deseos de disparar otro tiro contra el seductor... ¡Ah, el miserable!

—¡Haz el favor de cambiar de sitio!—ordenó, violento, a su mujer.

Ella se levantó, viniendo a ocupar una silla de espaldas al tenor, mientras frente a él, mirándole con insistencia, sentóse el celoso marido.

Juan Mercier, que hallándose con su hija no quería que ésta se enterase de sus intimidaciones, escribió en un papelito estas palabras:

"Alejado de maridos silenciosos y pistolas detonantes. No puedo explicar más..."

Y como su silla casi se tocaba con la de la Condesa, entregó con todo disimulo la esquelita.

Ella, burlando la vigilancia del marido, leyó el billete, ocultándolo en el pequeño estuche de polvos.



El conde sorprendió los gestos...

Y luego en el dorso del mismo papel, y adoptando grandes precauciones, contestó:

"Conque os gustan las chiquillas, ¿eh? Ahora no me vengáis con que es una primita venida del campo."

Y entregó a Juan Mercier la cartita, a escondidas de Luisa, que, ignorante de todo, permanecía ajena a las combinaciones.

El tenorio sonrió... ¡Calma, Condesa!

Poco después, sin haber mirado más a la bella, salió con su hija del restorán, dejando a la Condesa llena de pesares, mientras su marido suspiraba, al ver desaparecer al tenor...



Y como su silla casi se tocaba con la de la condesa...

¡Cómo odiaba a ese cantante! ¡Lástima que aquella bala no le hubiera partido el corazón!

Pasaron unos días, sin que la Condesa y Juan Mercier volvieran a verse. Luisa se encontraba bien al lado de su padre, y no deseaba volver al hogar materno. Además, algo más importante la retenía en París: Roberto...

Había visto algunas veces en el teatro al elegante amigo de papá, y poco a poco, fué sintiéndose enamorada de él. Comieron juntos algunos días, y una

tarde en que fueron los dos al campo, él expuso el secreto que ya confesaban sus ojos:

—Luisa: yo te amo...

—Y yo a ti—respondió ella, sencillamente.

Se besaron...

—Vayamos a decírselo a papá—dijo Luisa—; él se alegrará de veras... Te quiero mucho, Roberto...

—Lo sé...

Y marcharon veloces hacia la casa del tenor, sin que Luisa se acordara para nada de que su madre quería casarla con otro joven.

Mercier llevaba unos días de bondad, no dejándose ver apenas de la Condesa, temeroso de que su hija se enterara de quién era papá...

*
**

Unos días antes, en Laval, el señor Labane y su sobrino Claudio, unos ricos propietarios del país, habían visitado a María, la madre de Luisa. El señor Labane pretendía casar a Claudio con Luisa. Y ahora iban a enterarse de la larga ausencia de la joven-cita.

La señora Mercier mostróles un telegrama que había recibido.

"Luisa reunióse con su padre. Este permite salga ella con amigo suyo dramaturgo, llamado Roberto Gray. ¿Qué debo hacer?"

Iba firmado por una amiga de María, a quien ésta había encomendado a su hija.

El señor Labane puso el grito en el cielo.

—Yo le advertí a usted que no dejara ir a su hija a París.

—Ella insistió en ver a su padre, ¿y con qué derecho se lo impedía yo?—contestó la madre.

—Usted debería ir inmediatamente a París para traerse a su hija.

—Tiene razón papá—intervino Claudio, el muchacho pretendiente de Luisa, un infeliz en todos los sentidos.

La señora Mercier movió la cabeza negativamente.

—Después de tanto tiempo... ¡no puedo... no me atrevo a entrevistarme con él!

—A lo que usted no debía atreverse, es a confiarle su hija a él... y a los perdidos de sus amigos.

La señora Mercier se inmutó, y recordando la vida depravada de su marido, durante los largos años de separación, se dijo:

—Bueno... iré... le arrancaré a Luisa de sus brazos...

Aquel mismo día partió para París. Y se dirigió con el corazón fuerte, haciendo esfuerzos para ocultar su emoción, hacia el domicilio de su marido.

Juan no estaba y ella esperó, nerviosa, contemplando un retrato del tenor y admirando la gallardía de su persona. ¡Ay, a pesar del tiempo transcurrido, el artista tenía aún un continente elegante...! Y María sintió que latía con extraña inquietud su corazón.

Llevaba largo rato aguardando, cuando aparecieron en el salón Luisa... y un joven.

—¡Mamá!...

Las dos se besaron y abrazaron.

—Te presento a Roberto—dijo la muchacha, sencillamente.

El joven estrechó la mano de la señora Y ésta, nerviosa e impaciente, rogó a Roberto con una sonrisa:

—Usted perdone... pero desearía hablar a solas con mi hija...

Roberto se inclinó y abandonó la estancia, aguardando en la salita contigua.

—¿Has visto a papá?—dijo Luisa—. ¿Por qué has venido?

—No le he visto. He venido a buscarte, prepara tus cosas, hija mía...

—¿Pero, tan aprisa?—protestó ella—. Mamá, yo no puedo irme todavía.

—¿Y por qué no?

Con una sonrisa agradable, señaló la puerta por la que había marchado Roberto:

—Nos amamos... él va a pedir mi mano.

La señora Mercier, cambiando su amable expresión por un gesto hostil, protestó:

—¡Nunca consentiré en ese matrimonio!

—Pero, mamá... si yo le amo... si tú no conoces a ese joven... Es un caballero de todas prendas...

—Ya te tengo elegido marido... bien lo sabes.

—¿Claudio? ¡Nunca!... Jamás me casaré con otro que no sea Roberto.

La señora Mercier se excitaba por momentos.

—Pues yo no permitiré que tu padre arruine tu vida, como lo hizo con la mía. Los amigos de tu padre deben ser como él...

—No digas eso, mamá—protestó, llorosa, la muchacha—. Papá nada tiene que ver con esto... lo que te sucede es que te has olvidado de lo que es amar.

—Durante más de diecinueve años no he hecho

más que recordarlo... Yo amé a tu padre y... ¡Dios me perdone!... creo que le amo todavía...

Quedó entristecida, mientras sus ojos iban hacia el retrato con una muda devoción.

—Perdona, mamá... no te comprendo...

—Tu padre me arrebató el corazón y la felicidad... y ahora también pretende quitarme a mi hija... No, hice mal en permitir que fueras a verle; pero ya que no supe evitarlo, quiero, te suplico, que vengas inmediatamente conmigo. ¿Qué más quiero yo que tu felicidad, pequeña? Pero estoy demasiado escarmentada...

Luisa lloraba, sintiendo que desfallecían sus energías... ¡Ponerse frente a mamá; luchar contra ella...!

—Anda, hija mía... no pienses más en esos amores de París... y ven conmigo...

La muchacha no se atrevió a protestar, se lo exigía su madre, y estaba siempre dispuesta a obedecerla.

Y con un espíritu de resignación, dijo:

—Iré contigo, mamá... pero déjame, al menos, despedirme de Roberto.

—No tardes...

Luisa, con lágrimas en los ojos, fué a la habitación vecina, confesando a su novio lo que ocurría.

—Despidame de mi padre—decía la sacrificada—Yo no podría... ¡Y nunca te olvidaré, Roberto, nunca...!

—Pero esto no puede ser, y no será... Hablaré con tu padre... le diré lo que hace al caso... y te salvaremos... Voy a hablar ahora mismo con tu madre...

—No hagas esto, Roberto, te lo prohíbo. Tú no puedes adivinar por qué motivo mamá no mira bien

nuestra boda... Olvidame... nuestro cariño ha sido una cosa que pasa... Adiós...

Y dándole a besar la mano, se despidió de él, saliendo con su madre. Roberto quedó acongojado, maldiciendo a la antipática señora Mercier, que había venido a destrozar la unión de dos corazones.

Se lo contaría todo al tenor y éste, que demostraba gran simpatía por su amigo, le ayudaría, indudablemente, en sus proyectos.



Unos días después el señor Labane y su sobrino Claudio visitaban a la señora Mercier y a Luisa en su casa de Laval.

Dieron lectura al contrato de matrimonio entre Claudio y la muchacha. Esta había escrito a su padre, comunicándole la nueva tentativa maternal. Por no dar un gran disgusto a mamá, se casaría con Claudio, pero amaba al otro, a Roberto.

La señora Mercier no transigía con ese amor por el parisiense. Con la amarga experiencia de su caso, no quería por yerno a un amigo de su marido, que sería, probablemente, tan calavera y perdido como él. En cambio, Claudio, muchacho quieto y apacible, era una garantía de seguridad conyugal.

—Luisa—le dijo su madre, después que Claudio firmó el contrato—, ahora quiero que firmes tú...

Luisa se levantó, vacilaba, pensaba en el otro... Y en aquel instante, cuando ya el señor Labane y su sobrino sonreían por el alcanzado triunfo, un criado anunció:

—El señor Juan Mercier.

Y en la puerta apareció la figura simpática del tenor.

La esposa se levantó, sintiéndose sofocada. ¡Su marido allí!... Los Labane contemplaron con desdén al artista.

Y únicamente Luisa fué la que corrió hacia Mercier, y le besó ruidosamente.

—¡Papá... qué dicha!... Señores—dijo, volviéndose—, permítanme presentarles a mi adorado padre.

Pero los Labane negaron la mano al tenor, y el padre, indiferente, dijo a María:

—Señora, volveremos esta tarde, para seguir discutiendo las bases del contrato matrimonial.

Y se alejaron... el padre enérgico y furioso, el hijo como una prolongación deleznable del primero.

María miró fijamente a su esposo. Y él habló, poniendo en sus palabras una falsa ternura de enamorado.

—He dejado el teatro para siempre, y vengo a unirme con vosotras. Dejad que trate de redimir mis pecados...

—Tú no puedes arrepentirte nunca... tú mientes—le dijo ella.

—No, mamá—defendió Luisa—. Es cierto lo que papá dice. Salió publicado en los diarios de la mañana. El ha venido a reunirse con nosotras.

Y le mostró un periódico que decía con grandes titulares:

"Juan Mercier se retira del teatro. Se marcha de París."

—Sí; me he cortado la coleta, y he venido contando con vuestro perdón.

—Perdónale, mamá... El es bueno... Si vieras lo bien que se ha portado conmigo...

Y como viese que la madre quedaba pensativa, salió de allí, después de envolver a su padre en una sonrisa de gozo.

—María—le dijo él, al quedar solos—; te prometo que digo verdad... abomino de mi anterior conducta.

—¿Y cómo sé yo si eres sincero... o si sólo estás representando una comedia?

—Te abro el pecho, para que leas en mi corazón... Te quiero, María...

Y ella, mirándole suavemente, pareció acceder a las súplicas de su enamorado marido, y quedaron unos minutos en silencio, abrazados...

Mientras tanto, corría en automóvil, en dirección a Laval, la Condesa de Desano.

La dama leía por centésima vez una carta que explicando su ausencia, le había mandado el tenor.

"No hagas caso de lo que dicen los periódicos, acerca de mi retirada del teatro... Negocios urgentes me mantienen en Laval, por unos días..."

Juan.

Juan, sin estar enamorado, ni mucho menos de su mujer, se había dirigido a ella, simulando una reconciliación, a fin de intervenir para que Roberto pudiera casarse con Luisa. Una vez esto conseguido, volvería de nuevo al dulce amor de la Condesa. Entretanto, había enviado a ésta aquella carta de espera...

Los dos esposos se habían reconciliado, al parecer. Pero María frunció el ceño al ver en el jardín

a Luisa hablando con Roberto, que acababa de llegar en automóvil de París con el ánimo de ver a su amada.

¡Aquel hombre allí! María se mostraba dispuesta a vivir de nuevo con su marido... y a olvidar; pero no quería que la experiencia de su pasado se repitiese con su hija.

Luisa y Roberto entraron en el salón, saludando al joven tímidamente al tenor.

Mercier murmuró al oído de su esposa.

—El viene a pedirte la mano de Luisa. No le hagas sufrir al muchacho el castigo de mis faltas...

Tal vez María hubiese accedido si en aquel instante no hubiese vuelto el señor Labane, que con su hijo habían estado cerca de la puerta en el jardín, escuchando la interesante conversación...

—Me había olvidado, señora—dijo—. ¿Puedo llevarme el contrato de matrimonio? Le haré las alteraciones a que haya lugar, y lo devolveré esta noche para que lo firmen...

María vaciló un momento, miró a su marido, y luego, sin querer ceder en aquel punto, entregó el contrato al señor Labane... ¿Podría haberse reconciliado con su esposo, pero no entregaría nunca su hija a un libertino!

Mientras conversaban María y Labane, Juan Mercier, cogiendo del brazo a su hija y a Roberto, les dijo:

—María no quiere ceder en este asunto... Por lo tanto, cojan ustedes un automóvil y consigan un cura que les case, y después... piden perdón.

—¡Sí... oh, gracias, papá...!

Los novios salieron velozmente hacia el jardín, y subiendo a un *auto*, partieron a gran velocidad.

El señor Labane se despidió de María, y dando una mirada de desprecio al tenor, salió de allí.

Quedaron los esposos, frente a frente.

—¿Dónde está Luisa?—preguntó ella.

—En el jardín...

—¿Con Roberto...?

—No; él marchó... Como tú te empeñas en casar a Luisa con el otro...

—Creo que es buen partido...

Juan contenía difícilmente la risa... ¡Cuando ella supiese! Pero, queriendo cambiar el rumbo de la conversación, dijo, acariciando a su mujer:

—Estás demasiado joven para vestirme así: cuello cerrado... falda larga... Te estaría muy bien el pelo cortado a la *garçonne*. Y hasta luego, chiquilla mía.

Marchó, dejando a María en un aturdimiento delicioso. ¡Sí, su esposo parecía realmente curado de todos sus pecados anteriores. ¡La quería bonita... joven...!

Y llamó por teléfono a una peluquería, para que fuera un dependiente a cortarle el cabello.

Entretanto, Roberto y Luisa se habían unido en matrimonio, ante un Pastor.

Al salir de la casa del sacerdote, se toparon con el señor Labane y su hijo.

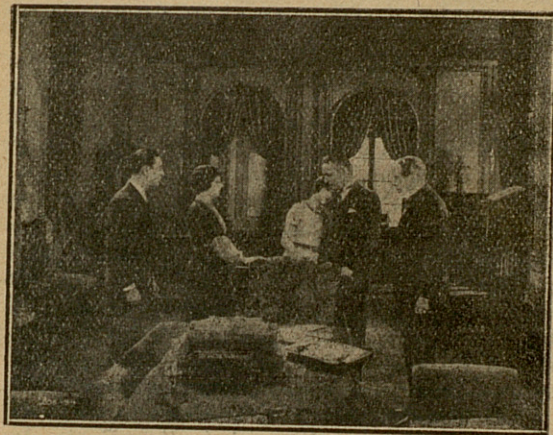
Estos, al ver salir a María con un joven de la casa del cura, sospecharon la verdad. Ya los novios corrían en el automóvil. Y el pastor les informó del matrimonio efectuado.

—¡Ah, cómo se han burlado de nosotros!—gimió Claudio.

Y montando en una bicicleta, comenzó inútilmente a correr tras el veloz coche... Pero era preciso hacer

algo... Lo esencial era comunicar inmediatamente a la madre lo que ocurría.

Una hora después, Juan Mercier, que había salido



—¿Puedo llevarme el contrato de matrimonio?

a dar una vueltecita por los alrededores, regresaba a casa. Y acto seguido le anunciaban una visita:

—Una señora pregunta por usted, señor...

Alarmado, el tenor corrió a la sala y allí vió, horrorizado, a la Condesa de Desano.

Ella fumaba un cigarrillo. Juan se acercó con miedo.

—¡Córcholis!—exclamó—. ¿Tú, aquí? ¿A qué vienes?...

Le quitó el cigarrillo y la miró profundamente.

—Vine a ver lo que hacías—respondió ella—. Tus negocios urgentes, no me convencieron del todo.

El se echó a reír. Tontuela, ¿también celosa?

Mientras, María, su esposa, bajaba las escaleras que conducían al salón, y escuchaba alarmada la entrevista.

—Quise ver a mi hija, felizmente casada con Roberto—dijo él—. Esta es la única razón que tuve para venir. La reconciliación con mi mujer me tiene sin cuidado. He venido para que mi hija se pudiera casar con el hombre que ama...

Estas palabras se clavaron como puñales en el alma de María. Le miró un momento, y casi lloró... ¡Dios santo! Acababa de cortarse el cabello a la *garçonne* y además un traje juvenil daba a su persona un encanto nuevo. ¡Pero qué desengaño! ¿De qué había servido todo aquello, si su marido no la quería, si estaba allí únicamente para lograr el casamiento de Luisa, y luego huir, contento de su hazaña?

Escuchó aún.

—Ahora debes marcharte—decía él—. En lo alto de la sierra hay una posada... espérame allá a las nueve... He conseguido ya mi objeto, y hoy mismo me iré...

—Pues no faltes...

El la acompañó hasta el jardín, donde la Condesa subió al auto.

Luego, más contento que nunca, el afortunado conquistador volvió a su hogar, pensando en los encantos apasionados de la Condesa.

Al regresar al salón encontró a una María desconocida. Parecía otra... se había quitado veinte años de encima. ¡Qué bonita era!...

Pero al ir a decírselo, vió en la mirada de su mujer algo anormal.

—¿Cómo te atreviste a traer a tu amiga a mi casa...?

En aquel instante, apareció desolado, Claudio Labane.

—¡Señora, su hija se acaba de casar!—gritó.

Palideció María y el marido no disimuló su contento.

—Bueno, por fin te saliste con la tuya—gritó María.

—Voy a avisar a mi padre que venga—dijo Claudio.

Y volvió a salir, desalentado, topándose en el jardín con Roberto y Luisa, que ya casados, iban a presentarse a mamá para rogar su perdón.

Los novios entraron en el salón donde estaban los Mercier.

—Hija mía—dijo, severa, su madre, al verles—, quiero creer que ignorabas que tu padre sólo quiso reconciliarse conmigo, a fin de que tú te pudieras casar con mi amigo... Pero nada más que esto... El no quiere vivir conmigo... Sigue con sus amigas... con sus mujerzuelas... hace poco estuvo una de ellas a buscarle.

—Padre — dijo, sorprendida, la muchacha—: esto no es verdad, esto no puede ser cierto.

Juan calló. ¡Habían descubierto su juego!

—Luisa—le dijo—, es verdad lo que ha dicho tu madre. Yo soy el único culpable... Vine, te lo confieso, para preparar tu boda... Pero Roberto nada sabía de esto...

La madre lloraba con hondo desconsuelo, acusándose de haber sido víctima de un engaño. ¡Su mari-

do no la quería, no la amaba... lo único que le interesaba, era casar a Luisa con un perdido como él...!

Y por su parte, Luisa lloraba también... Veía a su madre traicionada por su esposo, y creía que Roberto había tomado parte en la traición.

En vano el muchacho quiso consolarla.

—Nos habéis engañado a mamá y a mí... Ea, no quiero saber nada de vosotros... me voy a mi cuarto... ¡Quédense con su falsedad!

Y sin hacer caso de las palabras de Roberto, salió llorando de la habitación.

María, firme y serena, llamando a una criada, ordenó:

—Arregle las maletas del señor... que se marcha en seguida.

Le despedía de la casa, como a un sirviente cualquiera.

Sonriente, con indiferencia, Juan, seguido de Roberto, que aparecía anodado, abandonó el salón... Fueron al jardín. Vieron que llegaban sofocados, el señor Labane y Claudio.

Padre e hijo se presentaron ante la señora Mercier.

—Ya es demasiado tarde—gimió la esposa—. Ella está ya casada...

Pero el señor Labane, que era abogado, sacó un libro del bolsillo, y explicó a la señora.

—Manténgales usted separados. El matrimonio puede ser anulado...

—Lea usted: *Si matrimonium non consumatum est*. ¿Entiende usted? Evite, pues, que se encuentren juntos. Y ahora, Claudio, iremos a ponerle un tele-

grama a Su Eminencia el Cardenal, dándole cuenta de todo.

Se despidieron de la señora. Ya en el jardín encontraron a Juan y a Roberto.

—Cuidado con molestar más a mi hija—dijo Juan.

—Ella ya es mujer casada.

El abogado se echó a reír.

—No esté usted muy seguro, señor. La ley dice: *Si matrimonium non consumatum est*.

—¿Qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir que el matrimonio no puede considerarse consumado, mientras el marido y la esposa no hayan vivido juntos.

Los dos hombres salieron y Juan y Roberto siguieron paseando por el jardín. Anocheceía... Las primeras estrellas asomaban en el cielo azul... Roberto, cabizbajo, no sabía qué partido tomar... ¿Cómo acercarse ahora a su mujer y pedirle que se reconciliase nuevamente?

—¡Pobre Roberto! Yo tengo la culpa de todo, ¿verdad? Luisa se ha creído que yo me he burlado de su madre... Pero quiero que nada pueda separarnos en lo sucesivo...

Sonrió al ver en el rectángulo de una ventana iluminada, una figura de mujer, en la que reconoció a Luisa.

—Roberto—dijo, alegremente—, cuando yo tenía tu edad, dos pisos y la palabra *consumatum*, no hubieran podido separarme de mi esposa...

—¿Quiere usted decir...?

—Atrévete, hombre, adelante...

Y Roberto comenzó a trepar por el muro, hasta alcanzar la ventana. Ya en ella, empujó suavemente la hoja y entró dentro.

Un gran suspiro de alegría iluminó a Juan...

Roberto había penetrado en la alcoba de su mujer, y encontró a Luisa echada sobre la cama, llorando...

—Oh, ¿por qué vienes?—protestó ella—. Tú has engañado a mamá, como mi padre...

—Nada de esto... Yo no sabía nada... te lo prometo...

Entretanto, la señora Mercier, antes de retirarse, llamó al cuarto de su hija, y le dijo, junto a la puerta:

—¿Te encuentras bien, hijita?

—Sí, mamá —respondió la muchacha, que habiendo creído en las palabras de Roberto, sonreía ahora a su marido...

La señora Mercier se alejó, satisfecha... Su hija dormiría sola... y el matrimonio sería declarado nulo...

Juan Mercier, a quien su esposa había ordenado que pusieran las maletas en el jardín, paseaba tranquilamente por él, viendo el rectángulo de luz de la ventana de su hija. La luz se apagó de súbito... Y el conquistador se echó a reír con satisfacción.

—*Matrimonium consumatum est*...—dijo, alegremente.

Luego, recordando a la Condesa, que esperaba, se dirigió hacia la cercana sierra.

En el automóvil estaba la Condesa de Desano, quien le recibió muy friamente.

—Lo he meditado bien. No me interesas... ¿De modo que estás casado, desde hace diez y nueve años?—dijo ella, con despecho.

—Sí... pero ¿qué importa?

—¿Y aquella linda joven, es realmente tu hija?...

—Sí... por ella he vuelto a mi hogar...—dijo, anonadado.

—Me has engañado... Yo te quería libre, sin trabas, y no con las preocupaciones de la familia. Quédate con tu mujer y tu hija... No, por Dios, no quiero unirme con un abuelo...

Y aunque él se defendió, asegurando que su corazón era exclusivamente de ella, la Condesa le despreció, diciéndole:

—¡Adiós... abuelo...!

Y marchó a gran velocidad, en el silencio de la noche.

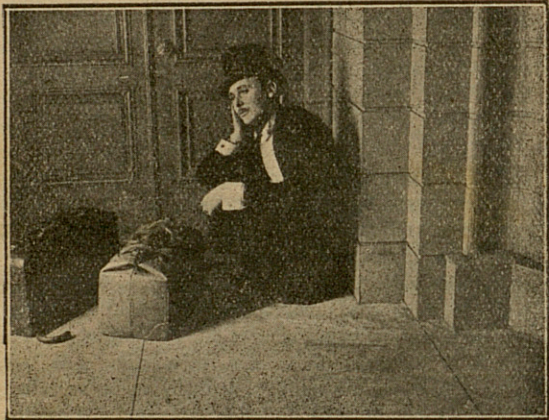
Sintió Mercier una honda melancolía. Aquella mujer, al enterarse de que era casado, y con una hija mayor, le abandonaba, considerándose ofendida. Y sin querer, ella le mostraba cuál era su verdadero camino en la vida.

Regresó a su casa, melancólico. Recordó, de pronto, que su mujer había aparecido graciosamente rejuvenecida, encantadora... Era bien digna de ser amada. ¿Por qué no volver definitivamente a ella? Además, su engaño no había sido tan cruel... Lograba que su hija se casara con el hombre que quería, no el que surgía del interés.

Las maletas estaban en la puerta, como anunciándole su marcha. Y Juan se resignó a pasar la noche, apoyado contra la puerta del jardín, pensando en pedir perdón a su esposa al siguiente día, y no abandonar ya nunca más a su mujercita amada.

A las siete de la mañana, después de un frío sueño sobre el mármol, Juan Mercier despertó al caer al suelo, por haber alguien abierto la puerta donde se apoyaba.

Era la criada, que comenzaba su faena matinal. Juan Mercier, aterido, penetró en la casa, hizo encender la chimenea, y quedó junto al fuego, calentándose...



Y Juan se resignó a pasar la noche...

Llevaba así algún tiempo, cuando apareció su esposa.

—¿Por qué vuelves aquí?—le dijo—. ¿No te has ido con tu amiga?

—No me fui — respondió él, tranquilamente—. He permanecido aquí toda la santa noche.

—Estás perdiendo el tiempo—dijo la dama, enfurecida—, porque voy a hacer anular el matrimonio.

—Demasiado tarde—agregó, sonriente, él—. *Matrimonio consumatum est.*

—¿Qué quieres decir?

—Sí: Roberto ha pasado la noche con Luisa.

La ira se reflejó en el semblante de la esposa.

—Ya que has realizado tu propósito, tendrás al menos la delicadeza de marcharte—le dijo, furiosa.

—No quiero marcharme. Estoy muy bien aquí... Mira, María, voy a contártelo todo. He decidido retirarme definitivamente del teatro y no quiero saber nada de otra dama, sino tú.

—¡No puedo escucharte! ¡Siempre mintiendo!... ¡Siempre!

—¡Oyeme, María...! ¿Cómo pude nunca sospechar que fueses tan bella, si siempre ocultabas tus encantos?

—No pretendas que yo te vuelva a creer...

Pero miraba a su marido con una extraña curiosidad, atraída a pesar de todo hacia él.

—¿Qué sacaría yo con mentirte? ¡Ellos se casaron, yo podría ahora haber regresado a París... y no he querido irme... porque te quiero!... He comprendido que tú eres la felicidad, la dicha eterna... Quíreme, María... Y perdona también a nuestros hijos... Ellos se aman. Roberto es un buen chico... ya lo irás viendo...

Ella calló, aturdida por aquellas palabras que de acibar se transformaban en miel. Miró a su marido, del que estuvo separada tantos años, y sintió una alegría infinita al escuchar aquellas palabras de arrepentimiento, de paz... Y no protestó cuando él la besó la boca, suavemente...

En aquel instante, bajaban, felices, los dos novios... Sonrieron a los padres... se besaban... Y sin que és-

tos les viesan, ellos también les imitaron, juntando los labios...

Y la madre perdonó, y en aquel hogar triunfó una doble luna de miel.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La excelente producción

"En su lugar... descansen"

por CLARE WINDSOR y CONRAD NAGEL

ooo

LA NOVELA METRO-GOLDWYN

SALE TODOS LOS VIERNES

PRECIO: 25 CÉNTS.

NÚMEROS PUBLICADOS:

EL SEXO DÉBIL, por Norma Shearer
LUZ DEL DESIERTO, por Kathleen Key

J. HORTA, impresor, Cortes, 719-Barcelona

